JARDINES PREHISPÁNICOS DE MÉXICO EN LAS CRÓNICAS DE INDIAS

POR

JOSÉ MIGUEL MORALES FOLGUERA
Universidad de Málaga

Los jardines prehispánicos de la meseta del Anáhuac desaparecieron como consecuencia de los bruscos cambios introducidos por los españoles tras el periodo más cruento de la conquista. A pesar de su destrucción muchos de los cronistas de Indias del siglo xvi recogieron en sus textos numerosas descripciones, que nos permiten hacernos una idea muy completa de estos jardines, ya que citan a sus promotores y describen su estructura formal y algunos de sus elementos más importantes. Junto a estas crónicas los códices y algunas pinturas murales del siglo xvi representan imágenes de estos jardines prehispánicos de México, en los que se ponen de manifiesto tanto sus fines lúdicos, como prácticos y simbólicos.

Palabras clave: Jardines prehispánicos. Siglo xvi. México

The pre-Columbian gardens of the Anáhuac plateau disappeared as the result of the abrupt changes introduced by the Spaniards following the cruelest period of the Conquest. In spite of this destruction, many of the sixteenth-century chroniclers of the Indies included numerous descriptions in their texts. They provide a very complete idea of these gardens since they name their promoters and describe their formal structure and some of their most important elements. Together with these chronicles, sixteenth century manuscripts and certain mural paintings depict these pre-Columbian Mexican gardens, in which their uses –for pleasure as well as practical and symbolic purposes– is manifest.

Key words: Pre-Columbian gardens. Sixteenth century. Mexico.

Los españoles que participaron en la conquista, colonización y evangelización del México prehispánico, algunos de los cuales iban en el ejército de Hernán Cortés, no se esperaban el grado de desarrollo urbano, que contemplaron maravillados en los pueblos que habitaban la meseta del Anáhuac. La sorpresa que experimentaron se puede observar en algunos textos de los cronistas de Indias, en los que se destaca la monumentalidad de los edificios, el tamaño de algunas urbes, los mercados públicos o tianguis, en los que se vendía todo tipo de productos, y algunos equipamientos urbanos, de los que carecían en el siglo xvi muchas de las ciudades españolas, entre los que sobresalían los jardines por su variedad y por la extraordinaria singularidad de algunos de sus elementos.

La casi totalidad de estos jardines no superó el período más cruento de la conquista, es decir la primera mitad del siglo xvi, debido a su abandono, como consecuencia de los bruscos cambios sociopolíticos. Muchos de estos jardines estaban ligados a la monarquía, a la aristocracia y a las clases sacerdotales, estamentos que desaparecieron y que fueron sustituidos por

AEA, LXXVII, 2004, 308, pp. 351 a 373

los nuevos introducidos por los españoles. El traslado de las poblaciones o reducciones también influyó en el abandono, aunque fuera temporalmente, de las antiguas plantaciones ¹.

JARDINES MÍTICOS

Estos jardines prehispánicos estaban concebidos como jardines ideales y paradisíacos, en los que se buscaba una recreación a escala reducida de todas las maravillas de la naturaleza. En cierta medida estaban concebidos como un trasunto del paraíso. Los pueblos nahuas creían en la existencia de un mundo después de la muerte. Las almas de los difuntos habitaban, en función de la vida que habían tenido en este mundo, en el paraíso terrenal o en el paraíso celestial.

Tlaloc y Tlalocan

El paraíso terrenal, llamado Tlalocan, estaba gobernado por Tlaloc, dios de la lluvia y por lo tanto era un dios beneficioso para los hombres. Desde el Tlalocan enviaba el agua, sustento de la vida. No obstante con su furia en forma de rayos y truenos también amenazaba a los hombres. En este sentido presenta una imagen dual y compleja.

Tlaloc es la pareja de Chalchiuhtlicue, apareciendo como un desdoblamiento de la misma divinidad. Como divinidad masculina representa el agua celeste y como femenina el agua terrestre. Pero igualmente puede simbolizar los cuatro postes del mundo en una imagen cuatripartita que se une a la dual. Los antiguos nahuas conocían a Tlaloc como señor del infierno y dios del mundo de los muertos.

Tlaloc dirige y gobierna el Tlalocan, que según las diversas fuentes ha sido interpretado de muy diversas maneras. Así el Tlalocan era un lugar terrenal considerado como mítico, florido y oloroso. También es un lugar subterráneo lleno de riquezas y con comida abundante. A este lugar van los elegidos por Tlaloc. El *Códice Florentino* ² lo describe de la siguiente forma:

«El segundo lugar al que se va es Tlalocan. Y en Tlalocan hay mucho bienestar, hay mucha riqueza. Nunca se sufre. Nunca falta el elote, la calabaza, la flor de calabaza, el huauzontle, el chilchote, el jitomate, el ejote, la cempoalxóchitl.

Y allá van los tlaloque, semejantes a sacerdotes, a los de guedeja, semejantes a los ofrendadores de fuego.

Y allá van los que han sido golpeados por el rayo, los ahogados, los que murieron en el agua, y ellos, los que tienen la enfermedad divina, el buboso, el tumoroso, el jiotoso, y el que tiene podre, el paralítico. Y se llevan al lleno de hinchazones, al que muere hidrópico.

Y a éstos, cuando mueren, no los quemaban. Sólo los enterraban. Les pintaban la frente de color azul, y les ponían papel en la nuca. Frente a ellos ponían figuras de montes. Y los vestían de papel. Y en sus manos les ponían una vara de madera.

¹ En los últimos años la revista *Arqueología Mexicana* ha dedicado cuatro números monográficos al tema de los jardines prehispánicos, que son analizados por varios autores desde diversos puntos de vista. En el año 1999 dedicó el volumen VII, num. 38 a los códices coloniales. El número 39, septiembre-octubre, estuvo dedicado al tema de las plantas medicinales prehispánicas. El año 2002 dedicó el volumen X, num. 58, nov.-dic., a Nezahualcóyotl, constructor del acueducto de Chapultepec y de los jardines de Texcoco. Y en este mismo año 2002 dedicó el volumen X, num. 57, septiembre-octubre, al tema de los Antiguos Jardines Mexicanos.

Y dicen que en Tlalocan siempre están verdes las plantas, siempre están brotando las plantas, siempre es temporada de lluvias, permanece la temporada de lluvias».

El Tlalocan es también considerado como un gran depósito de agua, del que surgen las lluvias y los ríos. Este lugar estaría bajo la tierra, estaba lleno de agua y comunicaba los cerros y las cuevas con el mar. Era un lugar de exuberante vegetación, en el que existía un bosque, en el centro del cual había un gran árbol. En él se inspiraban los bosquecillos que se plantaban en los patios de los templos, donde había un gran árbol en el centro y otros cuatro a su alrededor unidos con sogas. Esta imagen de los cinco puntos inserta dentro de un cuadrilátero es simbolizada por el quincunce, que aparece representado en el tocado del Tlaloc de Tepantitla. Se trata de un símbolo cósmico.

Por otro lado estaba el paraíso celestial, a donde iban las almas de los guerreros difuntos. Este lugar privilegiado estaba poblado por bosques y arboledas, en donde las almas de los difuntos tras cuatro años se metamorfoseaban en aves de pluma rica y color, que se alimentaban del néctar de las flores. En mayor o menor medida todos los jardines del México Prehispánico seguían estos dos modelos.

Fig. 1. Imagen del dios Tlaloc en el templo de Tepantitla de Teotihuacan. Tomado de la obra *El arte en Teotihuacan* de Gabriel de Espinosa.

El Tlalocan de Tepantitla

Dentro de los límites de la antigua ciudad de Teotihuacan ³ se encontraron unas pinturas murales, situadas cronológicamente entre el año 550 y el 650 d.C. Alfonso Caso ⁴ creyó ver en estas pinturas una representación del Tlalocan, conociéndose a partir de entonces la escena principal como el «Tlalocan de Tepantitla».

Esta interpretación, aceptada inicialmente, ha sido contestada, matizada y ampliada con posterioridad. Más extensa es la interpretación de Salvador Toscano ⁵ que la llamó «El Paraíso original, Tlalocan-Tamoanchan». Según la teoría de Toscano en lo alto de la representación se encuentra un monumental árbol de doble tronco retorcido helicoidalmente. El árbol está carga-

² *Códice Florentino*, Manuscrito 218-220 de la Colección Palatina de la Biblioteca Medicea Laurenziana, edición facsímil, Florencia, Archivo General de la Nación y Giunti Bárbera, 1979, 3 vols. Volumen III, pp. 182-183.

³ Espinosa, Gabriel, *El arte en Teotihuacan*, México, CONACULTA, 2000, pp. 23-29.

⁴ Caso, Alfonso, «El Paraíso Terrenal de Teotihuacan» en *Cuadernos Americanos*, vol. 6, n° 6, nov.-dic., 1942, pp. 127-136.

⁵ Toscano, Salvador, *Arte precolombino de México y de la América central*, México, UNAM, 1970, p. 127.

Fig. 2. Imagen del paraíso de Tlalocan en el templo de Tepantitla de Teotihuacan. Tomado de la obra *El arte en Teotihuacan* de Gabriel de Espinosa.

Fig. 3. Mural de la Medicina en el templo de Tepantitla de Teotihuacan. Tomado de la revista *Arqueología Mexicana*, vol. VII, num. 39

AEA, LXXVII, 2004, 308, pp. 351 a 373

do de todo tipo de flores, de las que se derrama el néctar y en cuyas ramas se ven aves con la vírgula del canto, arañas e insectos. Este árbol se ha relacionado con plantas alucinógenas, que se utilizaban para curar padecimientos como el reumatismo.

Al pie del árbol hay un personaje, que ha sido también interpretado de diferentes formas:

- Caso dijo que era Tlaloc con el rostro cubierto por una máscara.
- Kubler lo interpretó como una imagen femenina.
- Sejourné ⁶ afirmó que la figura combina elementos del dios del fuego y del dios de la lluvia.
- Finalmente Pasztory ⁷ dijo que el ser era bisexual, dotado de elementos pluviales y flamígeros, y que estaba situado sobre una montaña en el Tamoanchan.

En la zona inferior de la representación se desarrolla una escena, en la que se ve un grupo de alegres personajes llevando a cabo diferentes juegos, como el juego de la pelota, en medio de mariposas y libélulas, vegetación y un gran curso de agua en la parte inferior. Su interpretación ha sido también variada. Para unos representan escenas de la vida diaria y para otros son fundamentalmente juegos relacionados con el juego de la pelota, asociado con el inframundo.

En esta zona baja aparecen representadas una serie de plantas comestibles y medicinales como el maíz, el árbol del cacao y los tules, junto con otras como el floripondio que se utilizaba para curar los dolores de reumatismo y el enfriamiento, asociados al dios de la lluvia.

El mural de la medicina

En otro muro del mismo patio del Tepantitla se ha encontrado otro fragmento de pintura conocido como el *Mural de la Medicina o de la Ciencia Médica*, donde se ven diversas personas atendidas de enfermedades y lesiones mediante emplastes.

En la parte inferior hay una plantación geométrica, en la que se observan una serie de plantas similares a las opiáceas. En la parte superior de esta plantación hay plantas con flores, algunas de las cuales tienen un glifo debajo.

A la derecha hay una figura recostada y pintada de azul con un gorro en la cabeza. Junto a ella se encuentra otra figura sentada con una sonaja en la mano derecha y en la izquierda un tallo, que se lleva a la boca ⁸.

JARDINES REALES Y ARISTOCRÁTICOS

Como también sucedía en la Europa renacentista, el jardín prehispánico era un equipamiento casi exclusivo de la monarquía y de la aristocracia. Se trataba de un signo de prestigio exterior de la grandeza y poderío de sus dueños y propietarios, templos, reyes, gobernantes de poblaciones importantes y grandes propietarios.

Los principales constructores de estos jardines estaban ligados a la familia real azteca, preocupándose el mismo monarca de su conservación y desarrollo. El jardín era un signo de la dignidad y grandeza de las clases altas y tenía una finalidad principalmente lúdica, con objeto de gozar del colorido de las flores y del aroma de las plantas y árboles olorosos. Moctezuma ⁹

⁶ Sejourné, Laurette, *Pensamiento y religión en el México antiguo*, México, Fondo de Cultura Económica, 1957, pp. 115-118.

⁷ Pasztory, Esther, *The murals of Tepantitla. Teotihuacán*, Faculty of Philosophy, Columbia University, s. f., pp. 135-136.

⁸ López-Austin, Alfredo, *Tamoanchan y Tlalocan*, México, Fondo de Cultura Económica, 1994, pp. 226-229.

⁹ Los cronistas de Indias no suelen reconocer la existencia de dos emperadores aztecas con el mismo nombre de Moctezuma. Por un lado está Moctezuma I, contemporáneo y aliado del famoso gobernador de Texcoco, Nezahualcoyotl, con el que construyó el acueducto de Chapultepec. Y por otro lado hubo un Moctezuma II, que fue coetáneo de Hernán Cortés y al que le tocó el triste final de ser el último de los emperadores aztecas.

no consentía que en sus jardines se plantaran huertas que, decía, eran propias de esclavos y mercaderes. Antonio de Solís ¹⁰ atribuye a Moctezuma la construcción del acueducto de Chapultepec, que llevaba el agua potable hasta la ciudad de México para ser utilizada en el consumo humano y en el riego de los jardines que poseía junto a sus palacios. Juan Bautista Pomar ¹¹ en cambio, atribuye la creación del acueducto a Nezahualcoyotzin y Nezahualpitzintli.

Moctezuma tenía jardines junto a los palacios de la capital y en las casas de placer que poseía en los alrededores de la gran ciudad, donde había también huertas y bosques vallados, donde solía cazar los animales salvajes que allí se soltaban para entretenimiento del monarca. En este sentido los reyes aztecas se comportaban como los reyes europeos, que seguían una tradición que se remontaba al primer milenio antes de Cristo, cuando en Mesopotamia los asirios liberaban a animales salvajes en los bosques periurbanos de Nínive, para que el rey pudiera luego cazarlos junto a sus cortesanos.

Siguiendo el modelo de los reyes aztecas, los caciques y gobernantes de varias poblaciones construyeron igualmente jardines privados. Famosa fue la que el tlatoani de Iztapalapa, Cuitláhuac, hermano de Moctezuma, plantó en el borde de la península que separaba los lagos de Xochimilco y Texcoco. Como un signo de distinción y también de orgullo Cuitláhuac llevó a sus jardines a Cortés y a sus capitanes y soldados, para que disfrutaran de su belleza. Antonio de Solís ¹² decía que «era obra digna de un príncipe» y señal de su grandeza y riqueza.

Igualmente los tlatoani de Oaxtepec y de Texcoco tenían sus propios jardines, en los que se mezclaban las flores olorosas junto con los árboles frutales y los productos hortícolas. Sus jardines eran, por lo tanto, a la vez prácticos y lúdicos, y también fueron mostrados a Cortés y a sus tropas, cuando visitaron por primera vez estas poblaciones. Antonio de Solís ¹³ afirma que el señor de Oaxtepec les llevó una mañana a ver su huerta, que utilizaba para su divertimento. Cortés ¹⁴ dice que le produjo admiración poder contemplar los jardines de Oaxtepec. Y por su parte Solís ¹⁵ añade que era «obra de hombre poderoso con genio de agricultor, que ponía todo su estudio en alinear, con los adornos del arte de la hermosura de la naturaleza».

Pero el jardín no fue sólo privilegio de la monarquía y de la aristocracia. Algunas mansiones de ciudadanos ricos de México también contaban con jardines floridos.

JARDINES RELIGIOSOS

El jardín igualmente aparece asociado a la arquitectura religiosa con uso práctico y simbólico. Las flores de estos jardines se utilizaban para el adorno de los altares y de las estatuas de los dioses con motivo de las fiestas que se organizaban a lo largo de todo el año y de las que nos informa pormenorizadamente Sahagún ¹⁶.

Excelente es la descripción que Sahagún ¹⁷ realiza de la fiesta que, con motivo del noveno mes o tlaxochimaco, se organizaba el día primero, que estaba consagrado al dios de la guerra Uitziloputchli. Por la mañana «los sátrapas de los ídolos componían con muchas flores a Uitziloputchli, y después de compuesta la estatua de este dios componían las estatuas de los otros dioses con guirnalda y sartaes y collares de flores, y luego componían todas las otras esta-

¹⁰ Solís, Antonio de, *Historia de la conquista de México*, Madrid, Espasa Calpe, 1970, p. 195.

¹¹ Pomar, Juan Bautista, *Relación de Texcoco*, en *Relaciones de la Nueva España*, Madrid, Historia 16, 1991, p. 85.

¹² Vid. Solís, *op. cit.*, p. 178.

¹³ *Ib.*, p. 382.

¹⁴ Cortés, Hernán, *Cartas de Relación*, Madrid, Clásicos Castalia, 1993, p. 353.

¹⁵ Vid. Solís, *op. cit.*, p. 382.

¹⁶ Sahagún, Bernardino de, *Historia General de las cosas de Nueva España*, Madrid, Historia 16, 1990, pp. 237 y 238.

¹⁷ *Ib.*, p. 187.

tuas de los calpules y telpuchcales; y en las casas de los calpisques y principales y macegales todos componían las estatuas que tenían en sus casas con flores».

Algo excepcional por su extraordinaria rareza, fuera de todo símil en su época, tanto en México como en la misma Europa, era el bosque que artificialmente se había construido en un edificio del complejo religioso de México, al que Sahagún ¹⁸ denomina Teutlalpan, que significa tierra fragosa. Allí, en un pequeño patio cercado por cuatro paredes, se había erigido un pequeño bosquecillo con sus montañas, riscos y quebradas representadas artificiosamente y plantadas con magueyes y otros arbustos de secano. En este bosquecillo se organizaba una procesión el mes llamado quecholli, antes de partir a cazar a la sierra de Zacatepec. Este jardín, a diferencia de los otros, recreaba la naturaleza salvaje dentro de un espacio urbano, y era sin duda una imitación de la naturaleza sin contaminar por la actividad humana, un recuerdo de épocas pasadas, un jardín ideal y simbólico. Se trataba de un jardín excepcional y único, que nos habla del culto a la naturaleza que practicaba el pueblo que habitaba la meseta central de México.

TIPOLOGÍAS DEL JARDÍN PREHISPÁNICO

Del análisis de las fuentes consultadas, centradas fundamentalmente en las crónicas de indias y en algunas imágenes de los códices indígenas realizados en el siglo XVI, podemos deducir la existencia de cinco tipos de jardines en las poblaciones prehispánicas de México: jardines lúdicos, jardines botánicos, huertas, chinampas y bosques. Son jardines que están ligados siempre a la existencia de grandes recursos acuáticos naturales, en forma de fuentes, ríos y lagunas de agua dulce, o artificiales, producidos por la construcción de acueductos y canales, que transportaban el agua desde su nacimiento hasta valles y terrenos llanos, donde se encontraban los asentamientos urbanos.

Los jardines lúdicos en su estado más puro fueron exclusivos de los reyes aztecas, que se cuidaron mucho de que no existieran en ellos plantas y árboles de carácter práctico destinados al consumo. Como dice Cervantes de Salazar ¹⁹, estos jardines «eran de solas hierbas, medicinales y olorosas, de flores, de rosas, de árboles de olor». Moctezuma no permitía que en estos vergeles hubiera hortalizas ni frutas, porque no era propio de reyes tener granjerías ni provechos en los lugares dedicados al placer, que destacaban por su fragancia y el olor de las plantas y las flores, especialmente por la mañana y por la tarde.

Estos jardines estaban dotados de una gran complejidad y de un equipamiento extraordinariamente diverso. Se construían como complemento de casas, palacios, miradores y cenadores, para poder ser contemplados desde corredores situados en altura, que debían funcionar a manera de las logias de los palacios renacentistas europeos.

Gustaba a los reyes aztecas tener todo tipo de flores y de plantas olorosas, incluso las más exóticas traídas de lugares muy distantes, especialmente las de clima cálido, que eran las que mejor se adaptaban al valle de México.

Las plantaciones de flores y de árboles estaban ordenadas por cuadras y calles, conformadas por andenes hechos con paredes de cañas entretejidas de carrizo y cubiertas con yerbas olorosas. Había árboles de sombra de hoja perenne, tales como cedros, cipreses, sauces y los famosos ahuehuetes, que llamaron la atención de los cronistas de Indias por su grandeza, verdor perenne y por su madera olorosa. Moctezuma tenía una gran variedad de estos árboles en algunos de sus jardines, especialmente en el bosque de Chapultepec y en el del Peñol, situado en una isleta de la laguna ubicada en la parte oriental.

¹⁸ Ib., p. 182.

¹⁹ Cervantes de Salazar, Francisco, *Crónica de la Nueva España*, Madrid, Biblioteca de Autores Españoles, Editorial Atlas, 1971, vol. I, pp. 317-325.

4

5

7

Fig. 4. Maqueta del centro ceremonial de México-Tenochtitlan. Museo Nacional de Antropología de México. Foto del autor.

Fig. 5. Imagen del Códice *Primeros Memoriales*, en la que se ve a varios guerreros con escudos entorno a un árbol, cuyas flores son picoteadas o libadas por pájaros. Biblioteca del Palacio Real de Madrid.

Fig. 7. Plano de Macuilsuchil, correspondiente a las Relaciones Geográficas de Indias, 1580. Real Academia de la Historia de Madrid. En el centro del plano se observa a los tres gobernantes de la población bajo un árbol con cinco flores, que representa a la diosa Macuilsuchil.

AEA, LXXVII, 2004, 308, pp. 351 a 373

Las flores eran fundamentalmente ornamentales, olorosas y también medicinales. Se situaban de forma ordenada y clasificada conforme a la concepción que tenían del mundo y de la naturaleza. Esta clasificación de las plantas en distintas parcelas relaciona a los jardines prehispánicos con la tipología europea del jardín botánico ²⁰. Tras su destrucción en la época de la conquista, no volverá a aparecer hasta el siglo XVIII con la creación del Jardín Botánico de México.

Como hemos señalado, en estos jardines había plantas medicinales, cultivadas para combatir las enfermedades y los dolores. Antonio de Solís ²¹ se refiere extensamente a estas plantas curativas:

«tenían yerbas para todas las enfermedades y dolores, de cuyos zumos y aplicaciones componían sus remedios y lograban admirables efectos, hijos de la experiencia... Repartíanse francamente de los jardines del rey todas las yerbas que recetaban los médicos o pedían los dolientes».

El propio Moctezuma se ocupaba de que los médicos experimentasen con estas plantas medicinales y de que curasen con ellas a los caballeros de su corte.

Los jardineros del México prehispánico conocían también el arte de la topiaria. Al respecto Cervantes de Salazar ²² nos habla del artificio y delicadeza, con las que se hacían con flores y hojas personajes, asientos, capillas y figuras, que adornaban las plantaciones.

El agua tenía un especial protagonismo en estos jardines. No sólo porque era fundamental para el mantenimiento de las plantas, sino porque se utilizaba con fines lúdicos y recreativos en forma de riachuelos, canales, fuentes, y especialmente los famosos, numerosos y, a veces, monumentales estanques.

La mayoría de los jardines prehispánicos tenía uno o varios estanques de agua. Cervantes de Salazar ²³ afirma que los jardines de Moctezuma tenían más de diez estanques, unos de agua salobre y otros de agua dulce, que se utilizaban para la cría de peces y de aves, que se mantenían con gran cuidado para luego quitarles las plumas, con las que se hacían mantas, tapices, rodela, plumajes, mascadores y diversos objetos, en los que se utilizaba oro y plata. Hernán Cortés ²⁴ nos dice que Moctezuma tenía corredores y miradores situados sobre estos estanques, con objeto de poder contemplar el bello espectáculo multicolor de las miles de aves que los poblaban.

En Oaxtepec los estanques existentes recogían las aguas de los montes vecinos. Y en Texcoco existía un gran estanque, al que se podía acceder desde el lago en barcas. Sin embargo la obra más monumental fue el estanque de agua dulce de Iztapalapa, que tenía forma cuadrada, con más de 130 metros de largo y 530 metros a su alrededor, lo que supera el tamaño de cualquier obra europea de este tipo en aquella época. Estaba construido totalmente con piedra y argamasa y tenía escaleras para bajar al agua, y desde la superficie hasta el suelo. El estanque estaba habitado por multitud de peces, y a él acudían todo tipo de aves lacustres, que a veces llegaban a cubrir completamente la superficie. Alrededor de todo el estanque existía un andén enladrillado, que permitía el paseo de cuatro personas a la vez.

Además de estos jardines de carácter exclusivamente lúdicos, existían *huertas*, que no solamente se utilizaban para la producción de frutas y hortalizas, sino que también eran espacios recreativos para sus propietarios, pertenecientes a los tlatoanis, que eran los gobernantes y di-

²⁰ Heyden, Doris, «Jardines botánicos prehispánicos», *Coloquio Cantos de Mesoamérica. Metodologías científicas en la búsqueda del conocimiento prehispánico*, México, Instituto de Astronomía, UNAM, 1995.

²¹ Vid. Solís, p. 195.

²² Vid. Cervantes de Salazar, *op. cit.*, pp. 317-325.

²³ *Ib.*, pp. 317-325.

²⁴ Vid. Cortés, *op. cit.*, pp. 244-245.

rigentes de las poblaciones. Sólo Moctezuma que, como hemos señalado, era propietario de grandes jardines, hacía diferencias entre unos y otros, menospreciando las huertas de árboles frutales y hortalizas. No obstante él también poseía huertas, que no solía visitar a menudo, sino de tarde en tarde. Huertas famosas fueron las de México-Tenochtitlan, Iztapalapa, Oaxtepec, Texcoco, Huaquechula, Atlixco y, ya en época española, la de Puebla. En ellas no sólo había hortalizas y árboles frutales, ordenados de manera alineada, formando calles, sino también jardines con flores y plantas olorosas.

La huerta de Oaxtepec impresionó a los españoles por su grandeza y belleza. Tenía planta cuadrangular y medía en todo su contorno «dos grandes leguas». Por el centro transcurría un río, en torno al cual se disponían las plantaciones frutales y aposentos adornados con jardines de flores olorosas y yerbas medicinales, dispuestas en cuadros diferentes. Cervantes de Salazar²⁵ dice que había también caza, estanques y una fuente de caños encalados, que consideraba como una de las mejores fuentes del mundo. En la misma roca se habían realizado escaleras, cenadores, oratorios y miradores. No cabe duda de que esta obra iba mucho más allá de una simple plantación de frutales y hortalizas. Si hacemos caso de lo que nos dice Salazar²⁶, la denominada «huerta de Oaxtepec» vendría a ser un exponente de las tres tipologías más importantes del jardín prehispánico: el jardín lúdico adornado con flores olorosas y yerbas medicinales, con construcciones arquitectónicas en forma de aposentos y miradores, escaleras y fuentes monumentales, y uso del agua con fines recreativos; era también una huerta en el sentido utilitario del término; y por último poseía características del bosque, ya que bajo sus grandes masas arbóreas se refugiaban animales, entre ellos venados, que se utilizaban para la caza. El propio Moctezuma solía visitarla, y ya sabemos que despreciaba las plantaciones hortofrutícolas. Cortés²⁷ se quedó maravillado de ella, llegando a considerarla como la «huerta mayor y más hermosa y fresca que nunca vio».

La huerta de Texcoco se regaba con un acueducto realizado por Nezahualcóyotl y constaba, además de la huerta propiamente dicha y de los jardines, de casas de placer y una plantación de «más de mil cedros muy grandes y hermosos». Es posible que bajo la denominación genérica de cedros, Fray Toribio de Motolinía²⁸ se estuviera refiriendo al árbol del ahuehuete.

Una de las huertas más grandes fue la que se extendía por los valles de Atlixco y Huaquechula. Motolinía²⁹ dice que era la mejor huerta de toda la Nueva España y que llegaba a superar a las de Granada y Orihuela. Situada en una extensa vega, sus numerosos ríos, arroyos y fuentes recogían las aguas de las nieves perpetuas del Popocatepetl, que luego conformaban un gran río que regaba la vega, la cual era muy ancha y larga, y de tierra muy fértil.

Un tipo especial de huerta era la existente en el lago Xochimilco, cuyas aguas dulces permitían las plantaciones hortofrutícolas. Conocidas popularmente con el nombre de *chinampas*, todavía hoy siguen siendo explotadas para el cultivo de flores. Clavijero³⁰ dice que fueron las primeras sementeras que tuvieron los mexicanos después de la fundación de México. No eran terrenos naturales sino creaciones del hombre constituidas por parcelas flotantes, cuyos propietarios podían trasladar de un sitio a otro con sus canoas.

Finalmente existía una última tipología de jardín, que nos habla del alto grado de complejidad y de refinamiento que llegó a alcanzar la cultura prehispánica de México. Se trata de los *bosques* que rodeaban la capital y que fueron plantados, cuidados y ampliados por los reyes aztecas para su entretenimiento y diversión. Las crónicas de Indias nos hablan de los bosques

²⁵ Vid., Cervantes de Salazar, *op. cit.*, vol. II, p. 151.

²⁶ Ib., p. 151.

²⁷ Vid. Cortés, *op. cit.*, p. 353.

²⁸ Motolinía, Fray Toribio de, *Historia de los indios de la Nueva España*, México, Editorial Porrúa, 2001, p. 209.

²⁹ Ib., pp. 277-278.

³⁰ Clavijero, Francisco Javier, *Historia antigua de México*, México, Editorial Porrúa, 1971, pp. 229-230.

existentes en el monte sagrado de Chapultepec, en la isleta del Peñol y en el cerro de Tetzcoztzinco. La creación de los bosques de Chapultepec y de Tetzcoztzinco ³¹ se atribuye al rey poeta Nezahualcōyōtl ³². Tetzcoztzinco se halla a unos siete kilómetros al este de la población de Texcoco. Está formado por una colina, en la que se encuentran una serie de restos arqueológicos, entre los que destacan los estanques excavados en la misma roca y conocidos como el Baño del Rey, el Baño de la Reina y el Baño de las Concubinas. El complejo arquitectónico, que era el preferido de Nezahualcōyōtl para su retiro, se completaba con escaleras, plataformas a cielo abierto, diversas construcciones, esculturas, fuentes y un acueducto, que traía el agua desde una sierra próxima ³³. En este cerro mandó plantar un jardín dispuesto en terrazas y una gran masa arbórea que rodeaba el conjunto ³⁴.

El bosque de Chapultepec se ha conservado hasta nuestros días, convirtiéndose en una de las grandes zonas verdes del Distrito Federal, gracias a que los virreyes novohispanos adquirieron la costumbre de utilizarlo como segunda residencia en las afueras de la capital por su clima más fresco durante la estación seca. Delante del palacio se celebraban paradas militares y corridas de toros, y se plantó un bello jardín dotado de fuentes y de cuadros con setos y flores. Algunos biombos virreinales y los libros de relaciones nos describen las fiestas que se organizaban en Chapultepec con motivo de las estancias de los nuevos virreyes antes de tomar posesión del cargo en la capital ³⁵.

Cervantes de Salazar ³⁶ nos dice que Moctezuma tenía fuera de México «bosques de gran circuito y cercados de agua, para que las salvajinas no salieran fuera y la caza estuviese segura. Dentro de estos bosques había fuentes, ríos y albercas con peces, conejeras, vivares, riscos y peñoles en que andaban ciervos, corzos, liebres, zorras, lobos y otros semejantes animales, en cuya caza mucho y muy a menudo se ejercitaban los señores mexicanos».

La construcción del famoso acueducto desde Chapultepec a México y Texcoco se atribuía a Nezahualcōyōtl. Como nos dice Antonio de Solís ³⁷, el agua de la fuente se recogía primero en un estanque de piedra, conduciéndola después a través de canales hasta la ciudad. Al pie del monte se habían esculpido en la misma piedra las esculturas de Moctezuma y de su padre Axaiaca con sus rodela y lanzas.

Del pasado mexica de Chapultepec como lugar de recreación se han conservado algunos restos arqueológicos. Se trata principalmente de estanques labrados en la piedra, junto a los que se han encontrado esculturas del animal que representa el monte, el saltamontes o chapulín, que se refiere al topónimo de Chapultepec, que significa «cerro del chapulín», que es representado como una montaña en forma de campana invertida o «tepec», de cuya parte inferior brota un río, y en lo alto el saltamontes o chapulín «chapul».

Chapultepec no era sólo un lugar de diversión de los reyes mexicas, sino también un espacio sagrado, donde vivían los dioses protectores del agua y de la naturaleza Tlaloc y Chalchiuhtlicue, que tenían sus templos o «cúes» excavados en la roca.

³¹ Martínez, José Luis, «Neyahualcōyōtl «Coyote Hambriento» (1402-1472», *Arqueología Mexicana*, nov-dic de 2002, vol. X, número 58, pp. 20-27.

³² Neyahualcōyōtl significa en náhuatl «coyote que ayuna» o «coyote hambriento» y su glifo se representa con la cabeza de un coyote con un collar de cuerda anudado en el cuello para significar el ayuno. Fue gobernador del señorío de Acolhuacán, uno de los tres que formaban la Triple Alianza. Nació en el año 1402 y murió en 1472.

³³ García García, María Teresa, «El señorío de Acolhuacán», *Arqueología Mexicana*, nov-dic de 2002, vol. X, número 58, pp. 46-51.

³⁴ Alcántara Onofre, Saúl, «El jardín de Nezahualcōyōtl en el cerro de Tetzcoztzinco», *Arqueología Mexicana*, nov-dic de 2002, vol. X, número 58, pp. 52-53.

³⁵ Morales Folguera, José Miguel, *Cultura simbólica y arte efímero en la Nueva España*, Granada, Junta de Andalucía, 1991. Morales Folguera, José Miguel, *La construcción de la utopía. El proyecto de Felipe II (1556-1598) para Hispanoamérica*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2001.

³⁶ Vid. Cervantes de Salazar, *op. cit.*, vol. I, pp. 317-325.

³⁷ Vid. Solís, *op. cit.*, p. 195.

Fig. 6. *Códice Florentino*, libro II, folio 60 vuelto. Sátrapas adornando un ídolo con motivo de la fiesta del dios de la guerra Uitziloputchli.

Fig. 8. Plano de México-Tenochtitlan. *Islario General* de Alonso de Santa Cruz, c. 1545. Biblioteca Nacional de Madrid. En la zona inferior se ve el lago Xochimilco con las sementeras y las zonas arboladas próximas.

FUENTES UTILIZADAS Y ORDENADAS TEMÁTICAMENTE

Paraíso terrenal y celestial

SAHAGÚN, Bernardino de, *Historia general de las cosas de la Nueva España*, 1577. Reedición en México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 1989. Edición de Juan Carlos Temprano, Madrid, Historia 16, 1990, Apéndice del Libro Tercero, capítulos segundo y tercero, pp. 237 y 238.

«La otra parte a donde dezían que se ivan las ánimas de los defunctos es el paraíso terrenal, que se nombra Tlalocan, en el cual hay muchos regocijos y refrigerios, sin ninguna pena. Nunca jamás faltan las mazorcas de maíz verdes, y calabazas, y ramitas de bledos, y axí verde, y xitomates, y frixoles verdes en vaina y flores. Y allí viven unos dioses que se dicen tlaloque, los cuales parecen a los ministros de los ídolos que traen cabellos largos...

La otra parte a donde ivan las ánimas de los difuntos es el cielo...Y en el cielo hay arboleda y bosque de diversos géneros de árboles. Y las ofrendas que les davan en este mundo los vivos iban a su presencia, y allá las recibían. Y después de cuatro años pasados, las ánimas de estos defunctos se tornavan en diversos géneros de aves de pluma rica y color, y andavan chupando todas las flores ansí en el cielo como en este mundo, como los zinzones lo hazen...»

SAHAGÚN, Bernardino de, *Historia general de las cosas de la Nueva España*, 1577. Reedición en México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 1989. Edición de Juan Carlos Temprano, Madrid, Historia 16, 1990, Libro Once, capítulo 29, p. 182.

«Y (los olmecas huixtotin mixtecos) son muy ricos, porque sus tierras son muy ricas, fértiles y abundosas, donde se da todo género de bastimento en abundancia. Allí dáse mucho cacao, y la rosa o especie aromática llamada teunacaztli...Allí es la madre de las aves que crían pluma muy rica, que llaman zacuan...También se traen de allá las piedras muy ricas de chalchihuites, y las piedras turquesas. Allí se halla también mucho oro y plata; tierra cierto fertilísima, por lo cual le llamaron los antiguos Tlalocan, que quiere decir tierra de riquezas o paraíso terrenal».

Códice Florentino, Manuscrito 218-220 de la Colección Palatina de la Biblioteca Medicea Laurenziana, edición facsímil, Florencia, Archivo General de la Nación y Giunti Bárbera, 1979, Libro III, tomado de Alfredo LÓPEZ-AUSTIN, pp. 182-183.

«El segundo lugar al que se va es Tlalocan. Y en Tlalocan hay mucho bienestar, hay mucha riqueza. Nunca se sufre. Nunca faltan el elote, la calabaza, la flor de calabaza, el huauzontle, el chilchote, el jitomate, el ejote, la cempoalxóchitl.

Y allí viven los tlaloque, semejantes a sacerdotes, a los (sacerdotes) de guedeja, semejantes a los (sacerdotes) ofrendadores de fuego.

Y allá van los que han sido golpeados por el rayo, los ahogados, los que murieron en el agua, y ellos, los que tienen la enfermedad divina, el bulboso, el tumoroso, el jitoso, y el que tiene podre, el paralítico. Y (los tlaloque) se llevan (allá) al lleno de hinchazones, al que muere hidrópico.

Y a éstos, cuando mueren, no los quemaban. Sólo los enterraban. Les pintaban el rostro con hule, y les ponían michihuautle en los carrillos, y les pintaban la frente de color azul, y les ponían (rosetones de) papel en la nuca. Frente a ellos ponían figuras de montes. Y los vestían de papel. Y en sus manos les ponían una vara de madera.

Y dicen que en Tlalocan siempre están verdes las plantas, siempre están brotando las plantas, siempre es temporada de lluvias, permanece la temporada de lluvias».

Jardines prehispánicos de México

CLAVIJERO, Francisco Javier, *Historia antigua de México*, México, Editorial Porrúa, 1971, pp. 231-232. Esta obra fue escrita por el P. Francisco Javier Clavijero, de la Compañía de Jesús, criollo nacido en Veracruz en el año 1731 y muerto en el año 1787 en la ciudad de Bolo-

AEA, LXXVII, 2004, 308, pp. 351 a 373

9

11

13

Fig. 9. Plano de Guaxtepec, correspondiente a las Relaciones Geográficas de Indias, 1580. Biblioteca de la Universidad de Texas. El territorio está lleno de nacimientos y de huertas, llamando poderosamente la atención la que rodea el río por la parte superior, que recuerda la famosa huerta de la que hablan las crónicas de Indias.

Fig. 11. Pintura mural del pórtico del exconvento de San Gabriel de Cholula, en la que se representa un jardín con grandes árboles, sin duda ahuehuetes, columnas con parras enroscadas y un jaguar, que en las culturas prehispánicas representaba el inframundo, al igual que el Tlalocan. Foto del autor.

Fig. 13. Chinampas de México.

nia. Aunque no es una crónica en sentido estricto, ya que la obra fue redactada en el siglo XVIII, la utilizamos aquí porque su autor se refiere frecuentemente a las crónicas de Indias.

«Además de las sementeras de maíz y otras semillas, tenían los mexicanos un gusto exquisito en la cultura de huertas y jardines en que había plantados con bello orden árboles frutales, hierbas medicinales y flores de que hacían grande uso por el sumo placer que en ellas tenían los mexicanos y por la costumbre que había de presentar a los reyes, señores, embajadores y otras personas, ramilletes de flores, además de la excesiva cantidad que se consumía en el culto a los dioses, así en los templos como en los oratorios privados.

Entre las muchas huertas y jardines de la antigüedad de que ha quedado alguna memoria fueron célebres los jardines reales de México y Texcoco, de que ya hemos hecho mención, y las huertas de los señores de Iztapalapa y de Huaxtepec. El señor de Iztapalapa tenía dentro de su vasto palacio varios jardines y una gran huerta, cuya grandeza, disposición y hermosura asombró a los españoles conquistadores, entre los cuales la mencionan Hernán Cortés y Bernal Díaz. Esta está repartida en varios cuarteles de diversas especies de plantas y flores que igualmente recreaban la vista que el olfato, con sus calles formadas, unas de árboles frutales y otras de espaleras de caña cubiertas de flores y hierbas odoríferas. Bañábanlo algunos canales y entre otros uno por el cual entraban las canoas de la laguna. En medio de la huerta había un estanque cuadrado, tan grande que por cada banda tenía 400 pasos; era de piedra y argamasa y por todas partes tenía gradas hasta el fondo. Rodeaba el estanque un andén bien enladrillado por el cual podían pasear con desahogo cuatro hombres apareados. Veíanse en él innumerables lavancos, cercetas y otras aves acuáticas. Esta famosa huerta o fue plantada o a lo menos perfeccionada por Cuicláhuac, hermano y sucesor de Moctezuma II. El hizo trasplantar en su huerta muchos árboles peregrinos, como testifica el Dr. Hernández que en parte la vio. Mucho más grande y más célebre que la Iztapalapa era la huerta de Huaxtepec. Tenía de circuito dos leguas y varias pequeñas casas de campo con bellísimos jardines, a distancia una de otra como de dos tiros de ballesta. Contribuía no menos a la hermosura que a la amenidad de aquel sitio un hermoso río que la atravesaba. Había en esa huerta muchas especies de plantas extranjeras, llevadas aún de países muy distantes y se cultivaban con el mayor cuidado. Conserváronla los españoles por muchos años después de la conquista, y criaban en ella cuantas especies de hierbas medicinales permitía el clima, para uso del hospital que allí erigieron, en el cual vivió por algún tiempo el admirable anacoreta Gregorio López.

No era menor el cuidado de los mexicanos por la conservación de los bosques para el abasto de madera que se empleaba en la construcción de sus edificios y canoas y para el surtimiento de leña y carbón que se consumía en los templos, los palacios reales y las casas particulares...»

Jardines de México-Tenochtitlan

DÍAZ DEL CASTILLO, Bernal, *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España*, Madrid, 1632. Se ha utilizado la edición realizada en México, Editorial Porrúa, 1998, p. 170.

«No olvidemos las huertas de flores y árboles olorosos, y de los muchos géneros que de ellos tenía, y el concierto y paseaderos de ellas, y de sus albercas y estanques de agua dulce; cómo viene el agua por un cabo y va por otro, y de los baños que dentro tenía, y de la diversidad de pajaritos chicos que en los árboles criaban, y de qué yerbas medicinales y de provecho que en ellas tenía era cosa de ver, y para todo esto muchos hortelanos, y todo labrado de cantería y muy encalado, así baños como paseaderos, y otros retretes y apartamientos como cenaderos, y también adonde bailaban y cantaban; y había tanto que mirar en esto de las huertas como en todo lo demás, que no nos hartábamos de ver su gran poder...».

SOLÍS, Antonio de, *Historia de la conquista, población y progresos de la América septentrional conocida por el nombre de Nueva España*, 1601. Se ha utilizado la edición de Madrid, Espasa Calpe, 1970, que tiene el título de *Historia de la conquista de Méjico*, p. 195.

«En todas estas casas tenían grandes jardines prolijamente cultivados. No gustaba de árboles fructíferos ni plantas comestibles en sus recreaciones; antes solía decir que las huertas eran posesiones de gente ordinaria; pareciéndole más propio en los príncipes el deleite sin mezcla de utilidad. Todo era flores de rara diversidad y fragancia, y yerbas medicinales que servían a los cuadros y cenadores, de cuyo beneficio cuidaba mucho, haciendo traer a sus jardines cuantos géneros produce la benignidad de aquella tierra, donde no aprendían los físicos, otra facultad que la noticia de sus nombres y el reconocimiento de sus virtudes. Tenían yerbas para todas las enfermedades y dolores, de cuyos zumos y aplicaciones componían sus remedios y lograban admirables efectos, hijos de la experiencia, que sin distinguir la causa de la enfermedad, acertaban con

AEA, LXXVII, 2004, 308, pp. 351 a 373

la salud del enfermo. Repartíanse francamente de los jardines del rey todas las yerbas que recetaban los médicos o pedían los dolientes, y solían preguntar si aprovechaban, hallando vanidad en sus medicinas o persuadido a que cumplía con la obligación del gobierno, cuidando así de la salud de sus vasallos.

En todos estos jardines y casas de recreación había muchas fuentes de agua dulce y saludable que traían de los montes vecinos, guiada por diferentes canales, hasta encontrar con las calzadas, donde se ocultaban los encañados que la introducían en la ciudad...Creció mucho en tiempos de Motezuma el beneficio de las fuentes, porque fue suya la obra del gran conducto por donde vienen a Méjico las aguas vivas que se descubrieron en la sierra de Chapultepec, distante una legua de la ciudad. Hízose primero de su orden y traza un estanque de piedra donde recogerlas, midiendo su altura con la declinación que pedía la corriente; y después un paredón grueso con dos canales descubiertas de fuerte argamasa...

Fuera de la ciudad tenía grandes quintas y casas de recreación, con muchas y copiosas fuentes que daban agua para los baños y estanques para la pesca; en cuya vecindad había diferentes bosques para diferentes géneros de caza: ejercicio que frecuentaba y entendía, manejando con primor el arco y la flecha. Era la montería su principal divertimento: solía muchas veces salir con sus nobles a un parque muy espacioso y ameno, cuyo distrito estaba cercado por todas partes por un foso de agua, donde le traían y encerraban las reses de los montes vecinos, entre los cuales solían venir algunos tigres y leones...»

CERVANTES DE SALAZAR, Francisco, *Crónica de la Nueva España*, 1557-1564. Se ha utilizado la edición de Madrid, Biblioteca de Autores Españoles, Editorial Atlas, 1971, vol. I, pp. 317-325.

«Tenía Motezuma cerca de palacio una muy hermosa casa de muchos y muy buenos aposentos, con grandes corredores en cuadra, levantados sobre ricos pilares de jaspe, todos de una pieza. Había otros corredores más vistosos y ricos que éstos, que caían a una muy grande huerta en la cual había diez estanques o más; unos de agua salada para las aves de mar, otros de dulce para las de río y laguna, los cuales vaciaban y henchían muchas veces para la limpieza de la pluma.

Andaban en aquestos estanques tantas aves que no cabían dentro ni fuera; eran de tan diversas maneras, plumas y hechura, que pusieron en admiración a los nuestros...

Era tanta la solicitud con que Motezuma mandaba curar estas aves por la pluma, que a cada suerte dellas se le daba el pasto y cebo con que se mantenían en el campo... Había para el servicio destas aves trescientas personas y más; unos limpiaban los estanques otros pescaban, otros les daban de comer, otros las espulgaban, otros guardaban los huevos; otros las echaban cuando estaban cluecas; otros las curaban, enfermando; otros, en tiempos de calor, les quitaban la pluma más delgada, para que se hacía tanta costa y diligencia; hacían dellas ricas mantas, tapices y rodela, plumajes, mascadores y otras muchas cosas con oro y plata entretexida, obra cierto bien vistosa y muy extraña para los nuestros...

Tenía este gran Rey, allende de las casas que he dicho, otras muchas de placer con espaciosos y grandes jardines con sus calles hechas para el paseo e regadío. Eran los jardines de solas hierbas, medicinales y olorosas, de flores, de rosas, de árboles de olor, que eran muchos. Mandaba a sus médicos hiciesen experiencias de aquellas hierbas y curasen a los caballeros de su Corte con las que tuviesen más conocidas y experimentadas. Daban estos jardines gran contento a los que entraban en ellos, por la variedad de flores y rosas que tenían y por la fragancia y buen olor que de sí echaban, especialmente por la mañana y a la tarde. Era de ver el artificio y delicadeza con que estaban hechos mill personajes de hojas y flores, asientos, capillas y otras cosas que adornaban por extremo aquel lugar. No consentía Motezuma que en estos vergeles hubiese hortaliza ni fruta, diciendo que no era de reyes tener granjerías ni provechos en lugares de sus deleites; que las huertas eran para esclavos o mercaderes, aunque con todo esto tenía huertos con frutales, pero lexos y donde pocas veces iba.

Tenía asimismo fuera de México, casa en bosques de gran circuito y cercados de agua, para que las salvajinas no saliesen fuera y la caza estoviese segura. Dentro de estos bosques había fuentes, ríos y albercas con peces, conejeras, vivares, riscos y peñoles en que andaban ciervos, corzos, liebres, zorras, lobos y otros semejantes animales, en cuya caza mucho y muy a menudo se ejercitaban los señores mexicanos...

... traían el agua sobre una calzada desde una legua de una fuente que se llama Chapultepec, que nasce de una serrezuela, al pie de la cual están dos estatuas de bulto labradas en la peña, con sus rodela y lanzas, de Motezuma y Axaia su padre, según muchos decían. Traían los mexicanos esta agua por dos muy gruesos caños hechos de tierra muy pisada, tan fuerte como piedra...Desta fuente se bastece hoy toda la ciudad y se proveían todos los estanques y fuentes, que había muchas por las casas principales...»

LAS CASAS, Fray Bartolomé de, *Los indios de México y Nueva España*, Antología, Se ha utilizado la edición de Edmundo O'Gorman, México, Editorial Porrúa, 1993, p. 11. Esta obra

corresponde a una serie de capítulos dedicados por las Casas a las costumbres y cultura de los indios mexicanos en su obra *Apologética historia*, que fue redactada entre 1555 y 1559.

«... deste gran templo se criaban muchas aves, y había jardines llenos de flores, yerbas y árboles para los altares, odoríferos, de lo cual mucho se arreaban y hoy lo mismo aquellas gentes de la Nueva España, y era cosa maravillosa cuán proveidos estaban todos los templos de copiosa fábrica, y en especial este templo mayor...»

MOTOLINÍA, Fray Toribio, *Historia de los indios de la Nueva España*. La primera edición del manuscrito del Escorial se realiza en Madrid en 1869 dentro de la *Colección de documentos inéditos para la historia de España*. Aquí se ha utilizado la edición de México, Editorial Porrúa, con estudio crítico de Edmundo O'Gorman, 2001, pp. 205 y 209.

«...Estuvo México a el principio fundada más baja que ahora está, y toda la mayor parte de la ciudad la cercaba agua dulce, y tenía dentro de sí muy frescas arboledas de cedros, y cipreses, y sauces, y de otros árboles de flores; porque los indios señores no procuran árboles de fruta, porque se la traen sus vasallos, sino árboles de floresta, de donde cojan rosas y adonde se críen aves, así para gozar el canto como para las tirar con cerbatana, de la cual son grandes tiradores...»

... Asimismo tenía muchos jardines y vergeles y en ellos sus aposentos; tenía peñoles cercados de agua, y en ellos mucha caza; tenía bosques y montañas cercadas, y en ellas muy buenas casas y frescos aposentos...»

CORTÉS, Hernán, *Cartas de Relación*. De las cinco cartas escritas por Cortés entre 1519 y 1526 sólo se conservan cuatro. En el siglo XVIII fueron publicadas tres y en 1852 las cuatro. Una de las primeras ediciones es la de París de 1866. Aquí se ha utilizado la edición de Madrid, Clásicos Castalia, 1993, pp. 244-245.

«... Tenía una casa poco menos buena que ésta donde tenía un muy hermoso jardín con ciertos miradores que salían sobre él y los mármoles y losas dellos eran de jaspe muy bien obrados. Había en esta casa aposentamiento para ser aposentar dos muy grandes príncipes con todo su servicio. En esta casa tenía diez estanques de agua donde tenía todos los linajes de aves de agua que en estas partes se hallan, que son muchos y diversos, todas domésticas. Y para las aves que se crían en el mar eran los estanques de agua salada y para las de los ríos lagunas de agua dulce, la cual agua vaciaban de cierto a cierto tiempo por la limpieza y la tornaban a henchir con sus caños... Sobre cada alberca y estanques de estas aves había sus corredores y miradores muy gentilmente labrados donde el dicho Muteçuma se venía a recrear y a las ver...»

FERNÁNDEZ DE OVIEDO, Gonzalo, *Historia general y natural de las Indias, Islas y Tierra Firme*, Toledo, 1526. Se ha utilizado la edición de Madrid, Biblioteca de Autores Españoles, Editorial Atlas, 1959, que se titula *Historia general y natural de las Indias*, pp. 48-49.

«...hay muchos ciudadanos ricos que tienen asimismo muy buenas casas, con grandes e complidos aposentos, e muy gentiles vergeles de flores de diversas maneras e muy olorosas, así en los aposentos altos como en los bajos...»

CLAVIJERO, Francisco Javier, *Historia antigua de México*, México, Editorial Porrúa, 1971, pp. 129-130. Esta obra fue escrita por el P. Francisco Javier Clavijero, de la Compañía de Jesús, criollo nacido en Veracruz en el año 1731 y muerto en el año 1787 en la ciudad de Bolonia. Aunque no es una crónica en sentido estricto, ya que la obra fue redactada en el siglo XVIII, la utilizamos aquí porque su autor se refiere frecuentemente a las crónicas de Indias.

«... Dos casas tenía para animales. En la una, destinada para las aves, había muchas cámaras y corredores sostenidos sobre columnas de mármol de una pieza. Estos corredores tenían la vista a una gran huerta en que había repartidos entre la arboleda diez hermosos estanques, unos de agua dulce para los peces de ríos y otros de agua salobre para los de mar. En ellos se mantenían innumerables especies de aves acuáticas, y en lo restante de la casa todas las demás del aire que eran tantas y diversas que los primeros españoles que las vieron quedaron asombrados... porque además de la diversión que el rey tenía en ver tanta multitud de animales, se cuidaba principalmente de la pluma no menos para las imágenes admirables de mosaicos, de que hablabamos en otro lugar, que para los diferentes tejidos y adornos usaban...»

AEA, LXXVII, 2004, 308, pp. 351 a 373

10

Fig. 10. Glifo de Chapultepec, Tira de la peregrinación. Aparece representado por una colina o tepec, un chapulín o saltamontes y un nacimiento de agua en la parte inferior.

12

Fig. 12. Construcción del acueducto de Chapultepec. Códice *Panes-Abellán*, vol. IV, lámina 148.

En todos sus palacios tenía bellísimos jardines de toda especie de flores, de hierbas odoríferas y de plantas medicinales. Tenía también varios bosques acotados y proveídos de abundante caza en donde solía divertirse en tiempos. Uno de estos bosques estaba en una isleta de la laguna conocida de los españoles con el nombre de Peñol. De todos estos palacios, jardines y bosques, no ha quedado más del bosque de Chapultepec, que conservaron para su diversión los virreyes. De lo demás casi nada dejaron en pie los conquistadores; arruinaron los más suntuosos edificios de la antigüedad mexicana, parte por celo indiscreto de religión, parte por venganza y parte por el interés de aprovecharse de los materiales; abandonaron el cultivo de los jardines y sitios deliciosos de los reyes de México y de Acolhuacán...»

CLAVIJERO, Francisco Javier, *Historia antigua de México*, México, Editorial Porrúa, 1971, p. 163. La nota se refiere a los jardines del Templo Mayor de México.

«...Había varios estanques en que se bañaban los sacerdotes, y varias fuentes de cuyas aguas bebían...Había lugares destinados para la cría de aves que se sacrificaban, jardines en que se cultivaban flores y plantas odoríferas para adorno de los altares, y aún un pequeño bosque en que tenían artificiosamente representados montes, quebradas y riscos, y de aquí salían a la caza general...»

LÓPEZ DE GOMARA, Francisco, *La historia de las Indias y conquista de México*, Zaragoza, 1552. Aquí se ha utilizado la edición de Caracas, Biblioteca Ayacucho, 1979, p. 121.

«Sin las ya dichas casas, tenían también otras muchas de placer, con muy buenos jardines de solas yerbas medicinales y olorosas, de flores, de rosas, de árboles de olor, que son infinitos. Era para alabar al Criador tanta diversidad, tanta frescura y olores. El artificio y delicadeza con que están hechos mil personajes de hojas y flores. No consentía Moteczuma que en estos vergeles hubiese hortaliza ni fruta, diciendo que no era de reyes tener granjerías ni provechos en lugares de sus deleites; que las huertas eran para esclavos o mercaderes, aunque con todo esto, tenía huertos con frutales, pero lejos, y donde poquitas veces iba. Tenía asimis-

AEA, LXXVII, 2004, 308, pp. 351 a 373

mo fuera de México casas en bosques de gran circuito y cercados de agua, dentro de los cuales había fuentes, ríos, albercas con peces, conejeras, vivares, riscos y peñoles, en que andaban ciervos, corzos, liebres, zorras, lobos, y otros semejantes animales para caza, en que mucho y a menudo se ejercitaban los señores mejicanos. Tantas y tales eran las casas de Moteczumacín, en que pocos reyes se le igualaban».

LÓPEZ DE GOMARA, Francisco, *La historia de las Indias y conquista de México*, Zaragoza, 1552. Aquí se ha utilizado la edición de Caracas, Biblioteca Ayacucho, 1979, p. 131.

«Todo lo demás del sitio grande y cuadrado, que está vacío y descubierto, es corrales para criar aves, y jardines de yerbas, árboles olorosos, rosales y flores para los altares. Tal y tan grande y tan extraño templo como dicho era éste de México, que para sus falsos dioses tenían los engañados hombres...»

SAHAGÚN, Bernardino de, *Historia general de las cosas de Nueva España*. Existen dos manuscritos de esta obra: uno propiedad de la Biblioteca Medicea-Laureniana de Florencia y otro de la Real Academia de la Historia de Madrid. El manuscrito florentino fue dado a conocer en 1793 por A.M. BANDINI. La primera edición fue realizada en México por Alejandro Valdés en el año 1829/30. Aquí se ha utilizado la edición de Madrid, Historia 16, 1990, p. 187.

«El décimo edificio se llamava Teutlalpan, que quiere decir «tierra fragosa». Era un bosquecillo cercado de cuatro paredes, como un corral, en el cual estaban riscos hechos a mano, y en ellos plantados arbustos que se hazen en tierra fragosa, como son magueyes pequeñuelos y otros que se llaman tzioactli; en este bosquecillo hazían procesión cada año en el mes llamado quecholli, y hecha la procesión, luego se partían para la ladera de la sierra que se llama Çcatepec, y allí caçavan y hazíanlas las otras cosas como está dicho en la historia de este mes».

Jardines de Istapalapa

DÍAZ DEL CASTILLO, Bernal, *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España*, Madrid, 1632. Se ha utilizado la edición realizada en México, Editorial Porrúa, 1998, p. 159.

«... Y desde que vimos tantas ciudades y villas pobladas en el agua, y en tierra firme... Después de bien visto todo aquello fuimos a la huerta y jardín, que fue cosa muy admirable verlo y pasearlo, que no me hartaba de mirar la diversidad de árboles y los olores que cada uno tenía, y andenes llenos de rosas y de flores, y muchos frutales y rosales de la tierra, y un estanque de agua dulce, y otra cosa de ver: que podían entrar en el vergel grandes canoas desde la laguna desde una abertura que tenían hecha, sin saltar en tierra, y todo muy encalado y muy lucido, de muchas maneras de piedras y pinturas en ellas que había hartos que ponderar, y de las aves de muchas diversidades y raleas que entraban en el estanque...Ahora todo está por el suelo, perdido, que no hay cosa...».

SOLÍS, Antonio de, *Historia de la conquista, población y progresos de la América septentrional conocida por el nombre de Nueva España*, 1601. Se ha utilizado la edición de Madrid, Espasa Calpe, 1970, que tiene el título de *Historia de la conquista de Méjico*, p. 178.

«... Había en Iztacpalapa diversas fuentes de agua dulce y saludable, traída por diferentes conductos de las sierras vecinas, y muchos jardines cultivados con prolijidad, entre los cuales se hacía reparar una huerta de admirable grandeza y hermosura, que tenía el cacique para su recreación; donde llevó aquella tarde a Cortés con algunos de sus capitanes y soldados...Había en ella diversos géneros de árboles fructíferos, que formaban calles muy dilatadas, dejando su lugar a las plantas menores, y un espacioso jardín, que tenía sus divisiones y paredes hechas de cañas entretrejidas y cubiertas de yerbas olorosas, con diferentes cuadros de agricultura cuidadosa, donde hacían labores las flores con ordenada variedad. Estaba en medio un estanque de agua dulce, de forma cuadrangular: fábrica de piedra y argamasa, con gradas por todas partes hasta el fondo: tan grande, que tenía cada uno de sus lados cuatrocientos pasos, donde se alimentaba la pesca de mayor regalo y acudían varias especies de aves palustres, algunas conocidas en Europa y otras de figura exquisita y pluma extraordinaria: obra digna de príncipe, y que hallaba en un súbdito de Motezuma, se miraba como argumento de mayores opulencias...»

AEA, LXXVII, 2004, 308, pp. 351 a 373

LAS CASAS, Fray Bartolomé de, *Los indios de México y Nueva España*, Antología, Se ha utilizado la edición de Edmundo O'Gorman, México, Editorial Porrúa, 1993, p. 6 Esta obra corresponde a una serie de capítulos dedicados por las Casas a las costumbres y cultura de los indios mexicanos en su obra *Apologética historia*, que fue redactada entre 1555 y 1559.

«... Tenía unos jardines fresquísimos, llenos de árboles y flores odoríferas, con sus andenes de carrizo muy lindos; había sus estanques de agua dulce, una huerta grande llena de frutales y una alberca de cal y canto de cuatrocientos pasos en cuadra y mill y seiscientos en torno, con sus escalones hasta el agua, y del agua hasta llegar al suelo, y esto por muchas partes; había en ella mucho pescado, y acudían sobre ellos garcetas y otras aves...»

CORTÉS, Hernán, *Cartas de Relación*. De las cinco cartas escritas por Cortés entre 1519 y 1526 sólo se conservan cuatro. En el siglo XVIII fueron publicadas tres y en 1852 las cuatro. Una de las primeras ediciones es la de París de 1866. Aquí se ha utilizado la edición de Madrid, Clásicos Castalia, 1993, p. 206.

«... Tienen muchos cuartos altos y bajos, jardines muy frescos de muchos árboles y flores olorosas, asimismo albercas de agua dulce muy bien labradas con sus escaleras hasta el fondo. Tiene una muy grande huerta junto a la casa y sobre ella un mirador de muy hermosos corredores y salas. Y dentro de la huerta una muy grande alberca de agua dulce muy cuadrada, y las paredes della de gentil cantería, y alrededor della un andén de muy buen suelo ladrillado tan ancho que pueden ir por él cuatro paseándose y tiene de cuadra cuatrocientos pasos, que son en torno mil y seiscientos. De la parte del andén hacia la pared de la huerta va todo labrado de cañas con unas vergas, y detrás dellas todo de arboledas y de hierbas olorosas. Y dentro de la alberca hay mucho pescado y muchas aves así como lavancos y cercetas y otros géneros de aves de agua, y tantas que muchas veces casi cubren el agua...»

LÓPEZ DE GOMARA, Francisco, *La historia de las Indias y conquista de México*, Zaragoza, 1552. Aquí se ha utilizado la edición de Caracas, Biblioteca Ayacucho, 1979, p. 108.

«... Cuetlauac (señor de Iztapalapa) hospedó todos los españoles en su casa, que son unos grandísimos palacios, de cantería todos y carpintería, y muy bien labrados, con patios y cuartos bajos y altos, y todo servicio muy bien cumplido. En los aposentos muchos paramentos de algodón, ricos a su manera. Tenían frescos jardines de flores y árboles olorosos, con muchos andenes de red de cañas, cubiertas de rosas y yerbecitas, y con estanques de agua dulce. Tenían también una huerta muy hermosa de frutales y hortaliza, con una grande alberca de cal y canto, que era de cuatrocientos pasos en cuadro, y mil y seiscientos en torno, y sus escalones hasta el agua, y aún hasta el suelo, por muchas partes; en la cual había de todas suertes de peces; y acuden a ella muchas garcetas, labancos, gaviotas y otras aves, que cubren en veces el agua. Es Iztacpalapan de hasta diez mil casas, y está en la laguna salada, medio en agua, medio en tierra...»

CERVANTES DE SALAZAR, Francisco, *Crónica de la Nueva España*, 1557-1564. Se ha utilizado la edición de Madrid, Biblioteca de Autores Españoles, Editorial Atlas, 1971, vol. I, p. 301.

«... Con esto entró en Yztapalapa, donde Cuetlahuaca hospedó a todos los españoles en su casa, porque era una de las grandes que había en el señorío de Motezuma. Tenía grandes patios, hermosos cuartos, altos y baxos, muchos y muy frescos jardines, las paredes todas de cantería y la madera muy bien labrada; los aposentos muchos y muy espaciosos, colgados de cortinas de algodón, muy ricos de su manera. Había a un lado una huerta con mucha fruta y hortaliza; los andenes de la huerta y jardines eran hechos de red de cañas, cubiertos de rosas y flores muy olorosas. Había estanques de agua dulce con muchos pescados; la huerta era tan grande que en ella había una alberca de cal y canto, de cuatrocientos pasos en cuadro y mill e seiscientos en torno, con escalones hasta el agua y aun hasta el suelo por muchas partes; tenía muchas suertes de peces, acudían a ellas muchas garcetas, labancos, gaviotas y otras aves, que muchas veces cubrían el agua, cosa cierto muy de ver.

Miró Cortés todas estas cosas y entendió por ellas la grandeza de México y ser una cosa de las más notables del mundo...»

Jardines de Huaquechula

FERNÁNDEZ DE OVIEDO, Gonzalo, *Historia general y natural de las Indias, Islas y Tierra Firme*, Toledo, 1526. Se ha utilizado la edición de Madrid, Biblioteca de Autores Españoles, Editorial Atlas, 1959, que se titula *Historia general y natural de las Indias*, tomo IV, p. 80.

«... El tránsito o sitio de ella es muy grande, porque tienen dentro de él muchas huertas de diversas frutas, e jardines con muchas plantas e hierbas olorosas, de mucha fragancia e suavidad a su costumbre, de que acostumbran a hacer macetas e guirnaldas o collares en sus fiestas e convites...»

Jardines de Oaxtepec

SOLÍS, Antonio de, *Historia de la conquista, población y progresos de la América septentrional conocida por el nombre de Nueva España*, 1601. Se ha utilizado la edición de Madrid, Espasa Calpe, 1970, que tiene el título de *Historia de la conquista de Méjico*, p. 382.

«... Por la mañana los llevé a ver una huerta que tenía para su divertimento, nada inferior a la que se halló en Iztapalapa, cuya grandeza y fertilidad mereció la admiración entonces, porque no esperaban tanto los ojos; y después se halla referida entre las maravillas de aquel nuevo mundo. Corría su longitud más de media legua: y poco menos su latitud, cuyo plano, igual por todas partes, llenaba con regular distribución cuantos géneros de frutales y plantas produce aquella tierra, con varios estanques donde se recogían las aguas de los montes vecinos; y algunos espacios a manera de jardines que ocupaban las flores y yerbas medicinales puestas en diferentes cuadros de mejor cultura y proporción: obra de hombre poderoso con genio de agricultor, que ponía todo su estudio en alinear, con los adornos del arte de la hermosura de la naturaleza...».

CORTÉS, Hernán, *Cartas de Relación*. De las cinco cartas escritas por Cortés entre 1519 y 1526 sólo se conservan cuatro. En el siglo XVIII fueron publicadas tres y en 1852 las cuatro. Una de las primeras ediciones es la de París de 1866. Aquí se ha utilizado la edición de Madrid, Clásicos Castalia, 1993, p. 353.

«... y en la casa de una huerta del señor de allí nos aposentamos todos, la cual huerta es la mayor y más hermosa y fresca que nunca se vio, porque tiene dos leguas de circuito y por medio della va una muy gentil ribera de agua, y de trecho en trecho, cantidad de dos tiros de ballesta, hay aposentamientos y jardines muy frescos e infinitos árboles de diversas frutas y muchas yerbas y flores olorosas, que cierto es cosa de admiración ver la gentileza y grandeza de toda esta huerta. Y aquel día reposamos en ella, donde los naturales nos hicieron el placer y servicio que pudieron...»

CERVANTES DE SALAZAR, Francisco, *Crónica de la Nueva España*, 1557-1564. Se ha utilizado la edición de Madrid, Biblioteca de Autores Españoles, Editorial Atlas, 1971, vol. II, p. 151.

«Aquel día a las diez de la mañana que partió del peñol llegó Cortés a Guastepec, do fue muy recibido. Aposentóse en una gran casa que estaba en la huerta del señor y los demás en otros aposentos alderredor de aquella casa, que era muy principal y fabricada conforme a la grandeza y frescura de la huerta, la cual en aquel tiempo era la mejor que en todo este nuevo mundo ni en el antiguo hallar se podía, porque tenía de circuito dos grandes leguas y por medio corría un hermoso río poblado de la una parte y de la otra de muchos y muy frescos árboles, y de trecho en trecho, como dos tiros de ballesta, había aposentos y jardines preciosísimos, poblados de muchas verduras y flores e rosas y de todas las flores e frutas que la tierra llevaba. Había dentro caza de conejos y liebres y venados mansos, aves las que se podían haber, muchas sementeras, muchas fuentes de clara y hermosa agua, especialmente una que regaba la mayor parte de la huerta, con caños encalados; es una de las buenas fuentes del mundo. Finalmente, tenía esta huerta, allende de los edificios, peñascos preciosos, y labrados en ellos escaleras, cenaderos, oratorios y miradores, todo lo que se puede pedir y desear para hacer muy apetecible y deleitosa cualquiera muy sumptuosa y real huerta, y así Motezuma la tenía en mucho y con aparato real se iba a recrear en ella».

AEA, LXXVII, 2004, 308, pp. 351 a 373

Jardines de Texcoco

MOTOLINÍA, Fray Toribio, *Historia de los indios de la Nueva España*. La primera edición del manuscrito del Escorial se realiza en Madrid en 1869 dentro de la *Colección de documentos inéditos para la historia de España*. Aquí se ha utilizado la edición de México, Editorial Porrúa, con estudio crítico de Edmundo O'Gorman, 2001, p. 209.

«... fue cosa muy de ver la casa del señor principal, así la vieja con su huerta cerrada de más de mil cedros muy grandes y hermosos, de los cuales hoy día están los más en pie, aunque la casa está asolada; otra casa tenía que se podrá aposentar en ella un ejército, con muchos jardines, y un muy grande estanque, que por debajo de la tierra solían entrar a él con barcas...»

POMAR, Juan Bautista, *Relación de Tezcoco*. Fue redactada en 1581 dentro de la serie de Relaciones Geográficas y publicada por García Icazbalceta en el volumen III de la *Nueva colección de documentos para la Historia de México*, publicada en México en el año 1944. Aquí se ha utilizado la que aparece en *Relaciones de la Nueva España*, Madrid, Historia 16, 1991, p. 85.

«Río principal y caudaloso no hay ninguno en esta ciudad ni cerca de ella, porque los arroyos de agua que corren por ella apenas pueden llegar a la laguna en tiempo de seca. Aun para esto fue menester incorporar y reducir en uno muchas fuentes de sus propios nacimientos, quitándolos de sus cursos y corrientes naturales, recogiénolos en caños y acequias que para ello hicieron Nezahualcoyotzin y Nezahualpitzintli, no tanto para beber, porque tenían agua de pozos para esto, cuanto para regar sus huertas y jardines y otras posesiones y casas de placer, aunque ahora se sirven de ella en muchas partes de sus riberas para regadíos de sementeras de maíz y trigo, y en que han hecho los españoles molinos y batanes...con que antiguamente se regaban unas montañuelas y cerros pequeños que llaman cuauhyacatl, que quiere decir «principio de monte», en donde los señores de esta ciudad tenían muchas y diversas plantas de flores de muchas y varios colores y muy singulares olores, así de las propias y que naturalmente se dan y crían en esta tierra...».

Jardines de Atlixco

MOTOLINÍA, Fray Toribio, *Historia de los indios de la Nueva España*. La primera edición del manuscrito del Escorial se realiza en Madrid en 1869 dentro de la *Colección de documentos inéditos para la historia de España*. Aquí se ha utilizado la edición de México, Editorial Porrúa, con estudio crítico de Edmundo O'Gorman, 2001, pp. 277-278.

«... A cuatro leguas de esta ciudad está un vago que se llama Val de Cristo, adonde los vecinos tienen sus heredades y huertas y viñas con muchos árboles, los cuales se hacen en extremo bien de toda manera de fruta, mayormente de granados... y como este valle tiene mucho agua de pie, siembran y cogen cuando quieren... Es tan buena esta vega adonde está este valle que dicen el Val de Cristo, que en toda la Nueva España no hay otra mejor, porque personas que se les entiende y saben conocer las tierras, dicen que es mejor esta vega que la Vega de Granada en España, ni que la de Orihuela...

Esta es una vega que llaman los españoles el Valle de Atlixco... Atlixco quiere decir en su lengua, ojo o nacimiento de agua. Es este lugar propiamente dos leguas encima del sitio de los españoles o del Val de Cristo, adonde nace una muy grande y hermosa fuente, de tanta abundancia de agua, que luego se hace de ella un gran río, que va regando muy gran parte de esta vega que es muy ancha, y muy larga, y de muy fértil tierra; tiene otros ríos y muchas fuentes y arroyos. Junto a esta gran fuente está un pueblo que tiene el mismo nombre de la fuente, que es Atlixco. Otros llaman a esta vega Cuauhquechula la vieja...».

Chinampas

CLAVIJERO, Francisco Javier, *Historia antigua de México*, México, Editorial Porrúa, 1971, pp. 229-230.

«... Forman un gran tejido de mimbres o de raíces de enea que llaman tilín y de otras hierbas palustres, o de otra materia leve, pero capaz de tener unida la tierra de la sementera. Sobre este fundamento echan algu-

AEA, LXXVII, 2004, 308, pp. 351 a 373

nos céspedes ligeros de los que sobrenadan en la laguna, y sobre todo el cieno que sacan del fondo de la misma laguna. Su figura regular es cuadrilonga; su longitud y latitud es varia, por lo común tendrán, a lo que me parece, de 25 a 30 varas de largo, de 6 a 8 de ancho y como un pie de elevación sobre la superficie del agua. Estas fueron las primeras sementeras que tuvieron los mexicanos después de la fundación de México, las cuales se multiplicaron después excesivamente y servían, no solamente para el cultivo del maíz, del chile o pimiento y de otras semillas y frutos necesarios para su sustento, sino también para el de las flores y plantas odoríferas que se empleaban en el culto de los dioses y en las delicias de los señores...

... Algunas de estas sementeras tienen uno u otro arbolillo, y aún una chozuela en donde se resguarde el cultivador de los ardores del sol y de la lluvia. Cuando el dueño de una sementera, o como vulgarmente la llaman chinampa, quiere pasarse a otro sitio...se embarca en su canoa y lleva a remolque su sementera o huerta donde quiere...»